

# LA LENGUA DEL “IMPERIO CORSARIO”: FORMAS DE COMUNICACIÓN EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL (SIGLOS XIII-XVII)<sup>1</sup>

---

JUAN FRANCISCO JIMÉNEZ ALCÁZAR

MERCEDES ABAD MERINO

Universidad de Murcia

La uniformidad que guarda el Mediterráneo occidental en la Baja Edad Media puede ser una quimera si pensamos que se trataba de un puzle de espacios políticos diversos. Es más; el elemento de los espacios religiosos entra a formar parte del concepto que nos inclina a concebirlo como una maraña de territorios separados por la masa marítima mediterránea. Entendido como un global “braudeliano”, el espacio terrestre que inunda el antiguo *Mare Nostrum* excede mucho más allá de lo que es estrictamente el ribereño de sus costas. No nos referimos a los límites de su definición geográfica en extenso, sino a lo que representa la identidad de lo que consideramos como “cultura mediterránea”, factor que mezcla elementos de diversas procedencias y orígenes, y que ha dado lugar a un característico ámbito de civilización poliédrico con diferentes manifestaciones. Es un mundo de sensaciones más que un plano recto de definiciones. No es extraño sentirse en el “mismo lugar” si estamos en el puerto de Cagliari o en el de Cartagena, así como lo es la cercanía cultural del Tarragonés con el Lacio. La presencia islámica en el Magreb a partir del siglo VII no hizo variar este mapa, con la excepción, y no pequeña, del ámbito político y religioso. Pero a un lado y otro de las orillas mediterráneas, son diversas las profundas raíces que se unen en un mismo tronco. Ciertamente es que este estudio se referirá a un reflejo de lo que aún más que a los aspectos que separan, aunque no termina de ser una manifestación añadida a esa unidad multicultural y plurirregional que esboza lo que entendemos, desde una perspectiva amplia, como escena mediterránea.

Uno de esos planos de identificación es el de la realidad de la piratería<sup>2</sup>, que, durante muchos siglos, desde la época antigua sin temor a equivocarnos, podemos decir

---

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido realizado dentro del Proyecto de Investigación titulado *Fronteras, identidad y transferencias del sur del reino de Valencia en la Edad Media (siglos XIII-XV) (FROMEDVAL)*, CAICO/2021/348, financiado por la *Generalitat Valenciana*.

<sup>2</sup> Un estudio completo y como punto de inicio, sin desmerecer otros muchos anteriores y posteriores, es el de M<sup>a</sup> Teresa Ferrer i Mallol, ya que incluye un planteamiento genérico excelente sobre el fenómeno y una selección bibliográfica muy adecuada y amplia: “Corso y piratería entre Mediterráneo y Atlántico en la Baja Edad

que fue una cruel realidad más que un mal endémico. Los cuadros de terror y temor en las costas por parte de los habitantes ribereños que sufrían el azote de la piratería y su acción de cautiverio se compaginaban con la vida de los mismos actores que participaban de esas actividades de saqueo y pillaje como sistema de vida, el “modo de vida” al que se refiere Aznar Vallejo<sup>3</sup>.

Precisamente es esa imagen de diferentes aristas las que nos disponemos a pulir con el fin de esbozar lo que significó un sistema de comunicación a través de la realidad pirática, hecho que puede parecer un contrasentido cuando se trataba de destruir más que de construir. La forma de intercambio cultural y de fusión contrasta con la idea que tenemos en la actualidad, y desde nuestra perspectiva, de unas vivencias particulares que no dejaban de ser reflejos individuales de cómo llegaban a entenderse víctimas y verdugos, cazadores y cazados, para componer una gran escena de civilización donde el cautiverio se contemplaba como parte intrínseca del contexto histórico de aquellos siglos bajomedievales y altomodernos sobre los que pondremos el objetivo de análisis.

No contamos con suficientes evidencias lingüísticas que muestren esa especial forma de comunicación a través de una lengua franca, de ahí que, como señala Sedlaczek<sup>4</sup>, la evidencia histórica sea inmanente a la reconstrucción de esa variedad que era una lengua neutra, sencilla, rápida y eficaz que se utilizaba para el comercio, para la comunicación entre esclavistas y esclavos, y podemos añadir que entre piratas y corsarios. Por ello, vamos a realizar ese recorrido histórico con el fin de ilustrar la situación sociolingüística en la que se producía este contacto entre las lenguas. Es fundamental un acercamiento al pasado histórico, ya que en este caso es el complemento necesario para comprender mejor esta situación lingüística sobre la que estamos reflexionando. Así lo considera también Arends<sup>5</sup>, para quien las pruebas históricas desempeñan un papel esencial, ya que muchas veces se considera que la evolución y el desarrollo de una lengua tienen un carácter atemporal y se ignora ese aspecto, como si fuera irrelevante, cuando es imprescindible.

#### LA PIRATERÍA EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL: EL *IMPERIO CORSARIO*

Hablamos de “Imperio Corsario” como concepto que englobaba la actividad de pillaje por parte de piratas, que estaban dispersos por las aguas mediterráneas, y que

---

Media”, en *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico. Siglos XIII-XV*, Sevilla-Cádiz, Dip. Prov. Cádiz-Sociedad Española de Estudios Medievales, 2006, pp. 255-322.

<sup>3</sup> Aznar Vallejo, Eduardo, “Corso y piratería en las relaciones entre Castilla y Marruecos en la baja Edad Media”, *En la España Medieval*, 20 (1997), pp. 407-419, p. 407.

<sup>4</sup> Sedlaczek, Manuel, “On the Importance of History and Historicity in the (Socio-) Linguistic Reconstruction of Pidgins and Creoles: The case of the Original Lingua Franca”, en *Colloquium: New Philologies*, 2-2 (2017), pp. 15-27, pp. 16 y 19.

<sup>5</sup> Arends, J., “The Historical Study of Creoles and the Future of Creole Studies”, en G. Gilbert (ed.), *Studies in Ethnolinguistics 9 - Pidgin and Creole Linguistics in the Twenty-First Century*, New York, Peter Lang Publishing Inc., pp. 49-68, p. 56.

respondían a idénticos objetivos. El negocio del robo y el apresamiento de cautivos, en definitiva, del botín, era el marco que configuraba un conjunto de iniciativas de hostigamiento en territorios identificados como *infielos*. Corsarios procedentes de zonas islámicas o cristianas definieron, por lo tanto, ese “imperio” del saqueo.

La conquista cristiana en los finales de lo que entendemos como Plena Edad Media, de los extremos occidental y oriental de esa gran zona que delimita la península ibérica-Rif por un lado, y Sicilia por el otro, repercutirá de forma notable en la estructuración política de lo que fue el mapa visible en los siglos siguientes.

Si bien la ocupación normanda de la isla centromediterránea fue un hito para el afianzamiento de la realidad cristiana en la costa norte del Mar Interior<sup>6</sup>, no lo va a ser menos la pugna por el estrecho de Gibraltar desde que los castellanos se asomaron a las tierras gaditanas a mitad del siglo XIII. Es más; la conquista aragonesa del reino de Valencia y de las Baleares, incluida la presencia de tropas del rey de Castilla en el reino de Murcia islámico<sup>7</sup>, supondrá para la Cristiandad –entendida de una manera genérica– un acto de autoridad en la definición de los espacios sociales. Los musulmanes que permanecieron en esa ribera septentrional quedaron enmarcados en un contexto de entes políticos muy potentes, generados y desarrollados al amparo de los esquemas cristianos. Las nociones de *vencidos* y *vencedores* fueron aplicados en toda su crudeza en aquellos tiempos y en aquellas tierras: las conquistas de los reinos cristianos de Aragón, Castilla, Portugal y normandos en Sicilia significaban la presencia de elementos hostiles en lugares que desde siglos atrás estaban definidos por la permanencia islámica, independientemente de la entidad política que hubiera.

Es cierto que la actividad corsaria había sido un mal endémico en estos mares desde hacía siglos, además de forma muy importante, pero la nueva configuración de estos grandes ámbitos económicos, sociales y culturales referidos derivó en la generación de una actividad específica de asaltos que llevó a alimentar toda una *cultura del cautiverio*, definida por el permanente pavor a ser cautivado<sup>8</sup>. Las empresas de Mahdia y Almería en el siglo XII tenían el fin de quebrar la hegemonía islámica en ese contexto. El siguiente peldaño fue la presencia cristiana en esas demarcaciones de la península Ibérica y de Sicilia, para representar el siguiente en el que la Monarquía Hispánica marcó con sus intervenciones en los presidios del Magreb en el XVI.

---

<sup>6</sup> Norwich, John Julius, *Un reino al sol: Sicilia 1130-1194*, Granada, Almed D.L., 2008. Del mismo autor: *El Mediterráneo: un mar de encuentros y conflictos entre civilizaciones*, Barcelona, Ático de los Libros, 2018.

<sup>7</sup> Todo el proceso de conquista en la clásica obra de Juan Torres Fontes, *La reconquista de Murcia en 1266 por Jaime I de Aragón*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio, <sup>2</sup>1987.

<sup>8</sup> Díaz Borrás, Andrés, *El miedo en el Mediterráneo: la caridad popular valenciana y la redención de cautivos bajo poder musulmán. 1323-1539*, Barcelona, CSIC-IMF, 2001. Jiménez Alcázar, Juan Francisco y Rodríguez, Gerardo F., “Miedos en la frontera de Granada”, en José A. Jara (coord.), *Emociones políticas y políticas de la emoción. Las sociedades urbanas en la Baja Edad Media*, Madrid, Dykinson, 2021, p. 30. Burguera i Puigserver, Victòria A., “El rescate de cautivos musulmanes: nueva clave de las relaciones Mallorca-Magreb en la Baja Edad Media”, *Medievalismo*, 32 (2022), pp. 69-95.

Las ofensivas cristianas del siglo XIII terminaron por definir los espacios diversos que configuraron el mapa socio-político mediterráneo bajomedieval. Los hombres y mujeres que poblaron y repoblaron esos territorios tuvieron un marco común, de forma que la respuesta de esas sociedades fronterizas fue muy similar y facilita el hecho de que podamos establecer ciertos parámetros de esquemas sociales, si no idénticos sí parecidos. La “cultura de la frontera hostil”, en definitiva, una cultura de guerra, fue en este momento la misma que la del *cautiverio*. El *imperio corsario* llegaba pues a asumir una unicidad de respuesta en la generalidad de esos territorios mediterráneos: era la base de su presencia y de su existencia.

Este fenómeno, el de la *cultura del cautiverio*, se configura como el pilar fundamental para una dinámica que unía más que separaba a esas sociedades diversas, tanto cristianas como islámicas. Puede resultar contradictorio *a priori*, pero comprobaremos que la solidaridad ante el mal pirático hará surgir comportamientos no sólo políticos sino institucionales difíciles de comprender sin la presencia de ese espectro global que era el del factor *corsarismo*. Este estudio pretende globalizar esta cuestión en el contexto general del Mediterráneo occidental, reflexionando sobre el proceso comunicativo y la lengua de interrelación, que se configuraron como los goznes que articulaban el sistema en su conjunto, aunque insistimos que siempre dejamos constancia de la omnipresente cuestión económica básica. Sería incluso procedente hablar de una uniformidad en el plano del Mediterráneo total a este respecto, pero la presencia de un auténtico imperio territorial y marítimo, el Otomano, distorsiona la realidad que sí existía en Occidente. Lo más interesante es fundamentar de una vez por todas que la presunta inflexión producida por la conquista castellana del reino de Granada en el Poniente mediterráneo y el definitivo protagonismo aragonés, y por extensión de los intereses castellanos, en la península italiana y Sicilia –de Cerdeña no se dudaba–, fue un punto y seguido en el transcurso de esa dinámica cultural trágica. Medioevo y Modernidad unen de tal forma sus lazos en este ámbito que la separación de los dos planos cronológicos sólo es perceptible a la hora de establecer unos años específicos y en la aplicación real de los artificios de pólvora en el combate; incluso estos últimos deben ser ubicados en un marco de limitación tecnológica, pues el mayor enfrentamiento naval del momento, Lepanto, tuvo una ejecución táctica que podría haber sido aplicada en cualquier episodio de uno o dos siglos atrás.

Unidad temporal, unidad de respuesta, unidad de iniciativa... El *imperio corsario* existía; sin líder específico, sin estructura política ni institucional –aunque su dinámica sí generase instituciones concretas–, pero sí con tejido social: el agresor y la víctima. Es arriesgado este planteamiento, somos conscientes, pero el fenómeno era tangible, y su manifestación se hacía real con la propia dinámica del ataque, defensa, cautiverio, rescate y muerte. Ferrer i Mallol alude en uno de sus estudios más conocidos sobre el fenómeno pirático a la participación de diferentes actores de la siguiente manera: “Los corsarios que se movieron en ese ámbito fueron tanto catalanes, valencianos y mallorquines como también castellanos, que se integraron en los mismos conflictos y, desde luego, en la otra cara de la moneda, corsarios moros, corsarios genoveses y algunos de

otras procedencias, como sicilianos o portugueses"<sup>9</sup>. Habría que desmenuzar el concepto "moro", donde la excelente historiadora catalana incluía a gentes procedentes de un inmenso territorio norteafricano, diverso y disperso como el de la ribera septentrional cristiana. Sencillamente se trata de insistir en la multilateralidad de los participantes de esta realidad, y nuestro objetivo es el de centrarnos en el aspecto comunicativo, destacando la necesidad de conocer una variedad que permitiera la interacción comunicativa entre hablantes tan diversos.

Había situaciones enquistadas entre determinadas potencias, como Génova o Aragón, que condicionaba notablemente la navegación: "grans robaries entre los sotsmeses del señor rey e sotsmeses del comú de Jènova, en tant que les fustes de les dites nacions qui anaven per la mar se tenien per dit los patrons de aquelles, si-s encontraven una fusta ab altra, de pendre la una l'altra aquél que pus poderós fos, prenent e roband a aquél la dita fusta e tots los béns qui dins aquella eren, e açò era tant introduït entre les dites Illes nacions que quasi sabia a guerra"<sup>10</sup>. Este hecho, como la competencia entre las propias repúblicas italianas, facilitó enormemente la actividad corsaria, por lo que procede abordar el fenómeno como un reflejo lingüístico de una realidad histórica.

El corsario desempeña también una labor fundamental a la hora de obtener información del *otro*, pues, como señala Varriale, durante la guerra mediterránea del siglo XVI, la expresión *tomar lengua* adquirió un sentido nuevo, e implica "la búsqueda de información que cobra un valor militar equivalente a una incursión en tierra o a un choque entre barcos (...) Al igual que de cautivos, los corsarios van a la caza de noticias, a ser posible beneficiosas a la autoridad que entrega la patente"<sup>11</sup>. La lengua es el instrumento.

#### LA NECESIDAD DE LA COMUNICACIÓN

El contexto multilingüe del Mediterráneo exigió que los navegantes que surcaban sus aguas y recalaban en sus puertos precisasen de un código que les permitiera la comunicación. Los intercambios comerciales se incrementaron a partir del siglo XI, con un desarrollo enorme a partir del XIII, y se generó un sistema que conocemos como *lengua franca* que posibilitaba el entendimiento entre todos los protagonistas, desde esos marineros hasta el personal que poblaba las riberas.

<sup>9</sup> Ferrer i Mallol, M<sup>a</sup> Teresa, "Corso y piratería entre Mediterráneo y Atlántico...", p. 257.

<sup>10</sup> Citado por M<sup>a</sup> Teresa Ferrer i Mallol en "Antecedenti e trattative per la pace del 1402 fra la Corona catalano-aragonesa e Genova: un tentativo per porre fine allá guerra di corsa", *Archivio Storico Sardo*, XXXIX (1998), pp. 99-138, p. 101, y que vuelve a reproducir en "Corso y piratería...", p. 260.

<sup>11</sup> Citado por Gennaro Varriale en "Tomar lengua. La información de los corsarios en el Mediterráneo. (siglo XVI)", en D. Amado, J.F. Forniés y P. Numhauser (eds.), *Escrituras silenciadas: poder y violencia en la península Ibérica y América*, Madrid, Universidad de Alcalá, 2015, pp. 119-137, p. 127.

Hugo Schuchardt, a principios del siglo pasado –1909–<sup>12</sup> ya estudió la “lingua franca” como ejemplo de variedad pidgin, como lengua que utiliza una comunidad heterogénea de hablantes para resolver las necesidades comunicativas básicas y cotidianas, surgida del contacto y la simplificación, que desempeña un papel instrumental fundamental, pero que no se convierte en lengua materna o lengua nativa de ninguno de ellos. Muchos lingüistas se han centrado en este tema de las lenguas pidgin y criollas<sup>13</sup>, y todos lamentan la falta de suficientes evidencias lingüísticas, puesto que esta variedad era eminentemente oral e informal.

Es probable que esta lengua se hablara en todo el Mediterráneo. En este caso, como proponía de Granda<sup>14</sup>, es necesario examinar también los acontecimientos históricos, las “pruebas circunstanciales”, pues solo demostrando la posibilidad histórica de algunos acontecimientos se puede llegar a probar que ese desarrollo tuvo lugar.

Por razones evidentes, entre esos actores se encontraban los corsarios de todos los territorios. Resulta indudable que esas manifestaciones piráticas tenían su propio lenguaje, que no era otro que el de la violencia, aunque también es lógico pensar el uso de esa lengua franca como medio de comunicación posible. Pero podríamos aplicarlo también a la dinámica global de la sociedad bajomedieval en Occidente, donde en determinados lugares la articulación de una sociedad violenta justificaba el proceso histórico, caso de las demarcaciones fronterizas militarmente activas, como la de Granada o la de los presidios norteafricanos.

Una *cabalgada*, acción armada terrestre<sup>15</sup>, se convertía en un medio de vida, pero también en un sufrimiento insoportable imbuido en un halo de hostigamiento y expresión de poder, militar y estratégico en este caso. Por ejemplo, para el caso peninsular

---

<sup>12</sup> Schuchardt, H., “Die Lingua Franca.” *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 33 (1909), pp. 441–461. Schuchardt, H., “On Lingua Franca” (trad. de Thomas L. Markey), en T.L. Markey (ed.), *The ethnography of variation: Selected writings on pidgeons and creoles*, 1979, pp. 26–47.

<sup>13</sup> Entre estos especialistas hay que citar a Thompson, R. W., “A Note on some Possible Affinities between the Creole Dialects of the Old World and those of the New”, en R.B. Le Page (ed.), *Creole Language Studies II Proceedings of the Conference on Creole Language Studies*, London, Macmillan & Co Ltd., 1961, pp. 107–113. “Conference on Creole Language Studies.” in *Creole Language Studies II...*, pp. 123–128. Hancock, I.F., “Recovering Pidgin Genesis: Approaches and Problems”, en A. Valdman (ed.), *Pidgin and Creole Linguistics*, Bloomington & London, Indiana University Press, 1977, pp. 277–294. Whinnom, K., “Lingua Franca: Historical Problems”, en *Pidgin and Creole Linguistics*, pp. 295–310. En el ámbito específicamente hispánico hay que mencionar los trabajos de Camus Bergareche, Bruno, “El estudio de la lingua franca: cuestiones pendientes”, *Revue de Linguistique Romane*, 57 (1993), pp. 433–454, y “Lingua franca y lengua de moros”, *Revista de Filología Española*, 73, fasc. 3–4 (1993), pp. 417–426, y los de Fondevila Silva, Pedro y Sánchez Baena, Juan José, “Un nexa de comunicación en la historia naval: la lengua franca mediterránea”, *Contrastes. Revista de Historia*, 13 (2004–2007), pp. 157–182.

<sup>14</sup> De Granda, Germán, “A Socio-Historical Approach to the Problem of Portuguese Creole in West Africa”, *Linguistics* 173 (1976), pp. 11–22, p. 13.

<sup>15</sup> Torres Fontes, Juan, “Apellido y cabalgada en la frontera de Granada”, *Historia y Arqueología Medievales*, V–VI (1985–1986), pp. 177–190. Reeditado en *Instituciones y sociedad en la frontera murciano-granadina*, Murcia, Real Acad. Alfonso X el Sabio, 2004, pp. 171–190.

ibérico, la activación de una “guerra chica” fronteriza no era otra cosa que la expresión de Castilla que manifestaba su posicionamiento hegemónico, y la de Granada, que a su vez aplicaba el concepto de la supervivencia, además de manera muy clara. Las derrotas en la Vega granadina, como en 1319<sup>16</sup>, se sucedieron al amparo del anhelo de determinados personajes –posiblemente cabría hablar de voluntades– por expresar honra y recoger fama; y en caso contrario, fue la incursión de don Álvaro de Luna en 1431, y la consecuente batalla de la Higuera<sup>17</sup>, la que supuso uno de los ejemplos más conseguidos con estos objetivos de búsqueda de prestigio.

Un desembarco furtivo o un abordaje, al igual que lo era un embarque realizado al amparo de las sombras nocturnas, era la manifestación de ese lenguaje de acciones. Pero lejos de ser una actividad sumergida en el mar de los hechos, esas intervenciones eran materializadas por personas. Y esos individuos precisaron de unos canales válidos de comunicación. El rescate lo precisaba, el intercambio comercial lo necesitaba... El intérprete, oficioso, se hacía real en las situaciones de intercambio y contacto. Esa multiplicidad de símbolos terminaba en un solo crisol comunicativo, que no era otro que el del lenguaje del *imperio corsario*. Esos códigos concretos no fueron exclusivos de este fenómeno, y la mediación para el rescate de los cautivos fue la base y el caldo de cultivo tanto para esas acciones desarrolladas a lo largo del XVI y XVII en los presidios norteafricanos como en las fronteras terrestres siglos atrás.

Habría que plantear que los diversos agentes activos y pasivos utilizaron lenguas diversas para resolver el acto comunicativo que derivase en el propósito original del rescate. La realidad constatada de la intervención de mediadores para el acto de la liberación del cautivo –Salicrú i Lluch alude a mediadores multiculturales<sup>18</sup>– tenía como red integradora al acto de la lengua utilizada, pues el empleo de una variedad lingüística u otra marcaba las posibilidades del éxito en la empresa.

La posición de este mediador fue muy compleja, personaje que puede ser intérprete o no, sabedor de la lengua o no, pero que es indudable que contaba con el respeto y reconocimiento por ambas partes para tales acciones. *Las Partidas* alfonsíes aluden a las seis condiciones que debían tener los alfaqueques<sup>19</sup>, institución dedicada precisa-

<sup>16</sup> Arias Guillén, Fernando, “Sin heridas ni batalla: el desastre de la Vega de Granada (1319)”, en Martín Alvira y Miguel Gomes (coords.), *Fechos de armas: 15 hitos bélicos del Medievo ibérico (siglos XI-XVI)*, Madrid, La Ergástula, 2021, pp. 115-126.

<sup>17</sup> Calderón Ortega, José Manuel, “El poético nombre de una batalla: La Higuera”, en Martín Alvira y Miguel Gomes (coords.), *Fechos de armas...*, pp. 177-187.

<sup>18</sup> Salicrú i Lluch, Roser, “Más allá de la mediación de la palabra: negociación con los infieles y mediación cultural en la Baja Edad Media”, *Anuario de Estudios Medievales*, Anejo 61 (2005), pp. 409-439, y “La diplomacia y las embajadas como expresión de los contactos interculturales entre cristianos y musulmanes en el Mediterráneo occidental durante la Baja Edad Media”, *Estudios de Historia de España*, 9 (2007), pp. 77-106.

<sup>19</sup> II Partida, título XXX, ley I. Es referencia obligada la del estudio de Juan Torres Fontes sobre la institución: “Los alfaqueques castellanos en la frontera de Granada”, en *Homenaje a D. Agustín Millares Carló*, Las Palmas de Gran Canaria, 1975, pp. 99-116. Reeditado en *Instituciones y sociedad en la frontera murciano-*

mente al rescate de cautivos con el acto implícito de la comunicación para el éxito de la empresa.

Es lógico que pensemos en el papel crucial del rescate en ese canal de comunicación, pues era cuando se precisaba con mayor diligencia la intercomunicación entre las partes: un acuerdo era beneficioso para todos, y de eso tenía la mayor parte de la responsabilidad la confianza que podía tener el intermediario con las dos partes. Es el papel del intérprete, llámese alfaqueque, o bien un intérprete al uso realizando prácticas de traducción cotidiana<sup>20</sup>. El caso para el rescate en tierras de *infielles*, en cualquier sentido, tenía a esos alfaqueques como esos intermediarios, pero la pregunta que traemos a colación se vincula más bien a las diversas formas que se producían los rescates fruto de las incursiones corsarias que se realizaban en el mismo barco. En el sureste de la península Ibérica, y ya centrados en la tercera década del siglo XVI, tenemos constancia de rescates realizados en las propias fustas de los piratas, que permanecían fondeados en calas, y que aguardaban la llegada del monto que traía alguien para rescatar al incauto que había caído en sus manos. Lo que nos planteamos es qué variedad lingüística, o qué acto comunicativo, era el protagonista en la transacción.

Hay que aludir al hecho fundamental de que existían variedades diversas lingüísticas en las distintas orillas del Mediterráneo, dejando claro que no se ubicaban en un espacio geográfico compacto, pues el árabe –más bien dialectos y variantes distintas de él– se hablaba al norte y al sur del mar de Alborán hasta la caída de Granada e incluso más allá por determinadas comunidades moriscas, y por los corsarios musulmanes; podemos localizar incluso la diferenciación entre musulmanes magrebíes y orientales –turcos– en la zona norteafricana. El castellano quedaba restringido a la estrecha franja murciana y a las incursiones que los corsarios andaluces y vascos realizaban en las aguas occidentales mediterráneas. El portugués igualmente se hablaba en los navíos que se aventuraban al Levante del estrecho de Gibraltar, aumentado además después de la conquista de Ceuta en 1415. El catalán se expandía por toda la Corona aragonesa, confundida con el italiano de las islas sarda y siciliana, y los corsarios que también hostigaban las costas no propias, y ese mismo italiano de toda la Península, desde los corsarios genoveses hasta los precedentes de las islas. La variedad provenzal del Mediodía se sumaba al elenco, identificados sus piratas directamente como “franceses” en los documentos del s. XV. Más tarde, ya en el XVI-XVII, comenzaron a ser frecuentes las

---

*granadina...*, pp. 267-294. Entre otros estudios, también hay que destacar el de Calderón Ortega, José Manuel y Díaz González, Francisco Javier, “La intervención de alfaqueques y exeas en el rescate de cautivos durante la Edad Media”, *Anales de la Facultad de Derecho*, 28 (2011), pp. 139-165, y el de M<sup>a</sup> Teresa Ferrer i Mallol, “Els redemptors de captius: mostolafs, eixees o alfaquecs (segles XII-XIII)”, *Medievalia*, 9 (1990), pp. 85-106.

<sup>20</sup> Abad Merino, Mercedes, “Exeas y alfaqueques: aproximación a la figura del intérprete de árabe en el periodo fronterizo (siglos XIII-XV)”, en Almela, R., Igualada, D.A., Jiménez, J.M<sup>a</sup> y Vera, A. (coords.), *Homenaje al profesor Estanislao Ramón Trives*, vol. I, Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 2004, pp. 35-50.

incursiones de ingleses, aunque de manera más puntual. En definitiva, la diversidad de códigos vertebraba el desarrollo de la actividad pirática.

Pero la duda sigue estando presente: qué lengua, lenguas en sentido global, se usaban en todo el desarrollo de la piratería. Lo cierto es que la presencia de esta realidad múltiple precisó de una norma no rígida, muy laxa de cumplir, acorde con ese tejido social al que hacíamos referencia al comienzo de este estudio.

En primer lugar, habría que poner sobre la mesa los conceptos de nación y lengua, además en el sentido en que se asumían entonces, completamente ubicados en una cultura religiosa, pero que no determinaba en absoluto el desarrollo de la práctica corsaria. Hay que insistir en que se trataba casi siempre de un acto económico, delictivo cuando no existe patente de corso, pero genéricamente era una transacción comercial donde estaba por medio el uso de la violencia. No entramos aquí en lo que meridianamente define Ferrer i Mallol como corsario y pirata: "El corsario es quien observa unas ciertas reglas de la guerra, contenidas en una licencia oficial de corso, mientras que el pirata es simplemente un ladrón del mar"<sup>21</sup>. Suena eufemísticamente lo que en realidad se trata de un asalto a mano armada con una espada, azagaya, ballesta, catapultas, arcos, o lo que se tuviese a mano. Pero ese era el primer acto comunicativo, el de la violencia. El segundo y consecuente se producía con el rescate. Un camino paralelo era el de la reclamación de un botín realizado de manera ilegal para las reglas corsarias. No se trataba propiamente de un rescate, sino de una petición, normalmente por escrito a través de misivas –lo que nos interesa–, a la parte depositaria del botín, bien personas bien cosas.

¿Cuál era el resultado? El que siendo una realidad múltiple y cambiante en algunos casos, como el hecho cierto de que Granada pasase a depender de Castilla y el corsario nazarí desapareciese, se mantuvo un sistema de comunicación abierto en todo momento por parte de víctimas y agresores, independientemente de si se producía el asalto pirático en la costa, en el mar, en el siglo XIV o en el siglo XVII. Existía de forma indudable un conocimiento concreto de la realidad del *otro*. Para eso, la diversidad de entidades políticas diversas se concretaban en el factor *corsario*, que era el auténtico punto de encuentro –o desencuentro– entre todas esas riberas mediterráneas. Como hemos mencionado al comienzo de este trabajo, no es cuestión de retomar las tesis braudelianas, pero sí de apuntalar la unicidad mediterránea a este respecto.

#### LAS REGLAS DEL CORSARIO: EL ENTENDIMIENTO VÍCTIMA-AGRESOR

La península Ibérica plantea unas particularidades en el ámbito mediterráneo si lo comparamos con el resto de las zonas, aunque la presencia de elementos hostiles en el norte de África y el salto definitivo de los otomanos a los Balcanes hizo que el contacto entre islam y cristiandad unificasen ese contexto. La permanencia de los nazaríes hasta

---

<sup>21</sup> Ferrer i Mallol, M<sup>a</sup> Teresa, "Corso y piratería...", pp. 256-257.

finales del XV, de los propios mudéjares –araboparlantes– hasta los decretos de expulsión tanto en Castilla como en Aragón, moriscos después de la conversión forzada, es una cuestión que personalizó estos contactos humanos. Pero incluso la diversidad de espacios políticos y culturales concentrada en un corto espacio de territorio peninsular –en el sureste–, no termina siendo exclusiva de esta zona, pues las confusiones en el Magreb ante el rescate de un turco tomado por cristiano, refleja las diferencias existentes entre los musulmanes –turco y árabe–.

La religión se configuró en elemento vertebrador en buena parte de la acción corsaria a lo largo de estos siglos. Islam y cristiandad van a legitimar buena parte de esas acciones. Ferrer i Mallol ha aludido en alguna ocasión a lo interesante que resulta que un monarca se dirija a unos corsarios que no eran súbditos suyos (en este caso Martín I el Humano a Juan de Loda, Juan Jiménez y Diego de Barrasa en 1405) para que no atacasen a un navío de este sí, un súbdito suyo, Berenguer Mercader. La investigadora catalana dice al respecto: “En la misma embarcación viajaban dos moros súbditos del rey de Túnez. Parece insólito que todo un rey hubiese de solicitar amablemente a unos corsarios que no atacasen la embarcación de un súbdito suyo, sin embargo, la precaución era necesaria porque los corsarios castellanos tenían tendencia a interpretar que podían robar a quien comerciasen con países islámicos y, especialmente, a capturar a cuantos moros viajasen en embarcaciones cristianas”<sup>22</sup>.

Esta cuestión es importante por el hecho de que se presuponen determinados comportamientos que, una vez se hurga en el asunto, lo alteran notablemente. Acciones muy habituales en la costa sur del reino de Valencia estaban realizadas por corsarios procedentes del puerto de Cartagena, perteneciente a Castilla, y que apresaban a vecinos de la zona para venderlos en Granada o en plazas costeras norteafricanas<sup>23</sup>, o los mencionados también por Hinojosa Montalvo para los cautiverios en la Vega Baja del Segura por corsarios valencianos y catalanes<sup>24</sup>.

El abordaje y la rapiña no necesitaban palabras. Pero incluso ahí se precisaba de algún acto comunicativo previo, como la amenaza blandiendo lanzas o ballestas. En la descripción que ofrece M<sup>a</sup> Teresa Ferrer de cómo sería un abordaje, ella misma alude a lo siguiente: “la nave que temía ser agredida pedía un aseguramiento, probablemente a gritos”. Menciona el grito genovés de: *Calatela!*, es decir, caladla (la vela)<sup>25</sup>. ¿Cómo se entendían? Es lógico pensar que había un código común entre los que participaban, posiblemente con frases aprendidas, donde el gesto también estaba implicado, pues la paralingüística y la kinésica tendrían un papel muy destacado en estos encuentros. Pero

---

<sup>22</sup> Ferrer i Mallol, M<sup>a</sup> Teresa, “Corsarios vascos en el Mediterráneo medieval (siglos XIV-XV)”, *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 5 (2006), pp. 95-110, p. 99.

<sup>23</sup> Hinojosa Montalvo, José, *La piratería y el corso en el litoral alicantino a finales de la Edad Media*, Alicante, 2004, pp. 50-51.

<sup>24</sup> *Ibidem*, pp. 29 y ss.

<sup>25</sup> Ferrer i Mallol, M<sup>a</sup> Teresa, “Corso y piratería...”, p. 298.

entre naves cristianas, y siendo todas las naciones de raíz románica, no es difícil que se produjera esa nivelación lingüística. Y entre asaltos de naves cristianas es más que seguro que este factor estuviera presente en la mayor parte de las ocasiones. ¿Lengua franca mediterránea? Probablemente.

Insistimos pues, como conclusiones diversas, en el desarrollo comunicativo que proporcionó el factor corsario en el ámbito del Mediterráneo occidental a lo largo de los siglos bajomedievales y modernos, donde la situación de lenguas en contacto proporcionó el marco idóneo para el desarrollo de esta lengua franca. De igual manera, es importante señalar la importancia de lo que denominamos *imperio corsario* para definir la existencia de una realidad muy tangible entre esas comunidades políticas y religiosas, con todas las consecuencias que se coligen de esa realidad, y que precisaban de códigos concretos y reconocibles con los que entenderse, siendo el punto de encuentro –violento en el marco del corsarismo– entre esos ámbitos tan distintos, tan diferentes y tan próximos. La complicación del dominio territorial a partir de la expansión hispánica en los presidios norteafricanos vino a insistir en el fenómeno, pues el corsarismo vino a complementarse con las actividades terrestres en las fronteras de Orán, por ejemplo, donde el intérprete, como los del linaje Cansino<sup>26</sup>, convivía con almogataces, figura que no había existido en época medieval, y con los tornadizos y elches, que sí habían poblado las villas fronterizas castellano-nazaríes.

No hemos aludido a la intervención de las aljamas colaboracionistas, fenómeno exclusivo de la península Ibérica tras el desalojo de los musulmanes sicilianos, pues el tema es muy amplio y con ramificaciones de todo tipo. Sirva esta contribución para dar un toque de atención a un elemento clave en la dinámica de este endémico mal en el Mediterráneo durante el amplio periodo escogido, y que planteamos como hipótesis de trabajo para estudios más amplios en un futuro próximo.

---

<sup>26</sup> Abad Merino, Mercedes, "Aquí hay necesidad de persona capaz en muchas lenguas. El oficio de intérprete en las últimas fronteras de Castilla", *Tonos digital*, 10 (2005). <<https://www.um.es/tonosdigital/znum10/estudios/A-Abad.htm>>. Fecha de consulta: 30 de noviembre de 2022.